A la muerte de
S. M. la Reina de España
Doña María de las Mercedes de Orleans.

Arguo quosamo.

Si un eco resuena
De vítores sin fin y de alegría;
Si los espacios llena
General, entusiasta clamoreo,
Con que el pueblo Español, de gozo henchido,
Cariñoso, saluda el himeneo
Que del sólio formara dulce nido.
Génio y virtud, belleza y candor santo,
Viviente estátua á maestro cuito alzaban,
Por pedestal tomando el régio trono;
La humilde lira mia

Aun sus fibras conmueve, con el canto
Que á tan dichosas nupcias dirigia,
Y ya el bronce sonoro,
En funeral conmovedor tañido,
Luto despierta, y desolado lloro;
¡Ha muerto! de estupor sobrecogido
En unísona voz, el pueblo gime:
Y la doliente ibérica matrona
Al rostro alzando el desceñido manto,
Luto ciñendo á la mural corona,
Une su grito al fétrico rugido
Del Leon Español del rayo herido;
Y de Pirene al líbico desierto,
Entre ayes de dolor y triste llanto,
Repite el éco sin cesar, ¡ha muerto!

Por cruel evidencia subyugado
Queja atrevida, en tan inmenso duelo,
Brota quizás del pecho desgarrado;

¿Porque el destino inexorable ¡oh cielo!
Segára en flor, la múltiple esperanza
Que en su Reina fundara el noble hispano?
¿No hay ya mejillas que enjugar, ni angustias
Que consolar con providente mano,
Y ya la infortunada pátria mia
La redencion halló, que á sus dolores
Un Ángel descendido prometía?

. . . . . .

Frescas aun las flores
Lanzadas á su paso, en el camino
Que al tálamo real la conducía,
Como heraldo divino
De su futura dicha, España vió
En la apartada zona, dó se alzaba
El pendon que á dos mundos cobijaba,
Lucir la dulce oliva, placentera,
Tras fratricida interminable lucha,
Y alzar, anticipada primavera

La blanca veste que los campos cubre,
Que nos roba perfumes y colores,
Para prestar la virginal ofrenda
De sus tímidas flores,
Aun menos pura que la regia esposa
Cuyas púdicas plantas, dulce, viste
Alfombra de sus pasos orgullosa.
¡Y fué un sueño no mas! y ya no existe!
¡Y ya sus ojos á la luz del dia
Se niegan para siempre, y al consuelo,
Que en el humano miserable duelo
Su celestial mirada prometía!

. . . . . .

Aun contemplan mis ojos,
Cuando al partir del Jeráz ribera
Del triste Guadalvir, que ya lloraba
Su futura orfandad, voz lisonjera,
Con prematuro acento, la aclamaba
Reina de España ya; de su mejilla

Huyó, entonces la cándida azucena
En adorable púrpura trocada;
Tembló en sus dulces ojos el diamante
De una furtiva lágrima arrancada
A su modestia angelical y pura;
Y cual onda divina,
La púdica virtud, el candor santo
Bañó su dulce, virginal figura
De celeste esplendor y raro encanto;
A su presencia el alma conmovida
Gracias alzaba á Dios, que concediera
A nuestros ojos ver la patria amada
Por las álas de un ángel defendida;
Y la sabia sentencia recordando
Del vate insigne que en el Ponto llora,
Luz de alto ejemplo descender veia
Desde el sólio inmortal de San Fernando,
Cuyo augusto modelo reflejando,
En nuevo Edem á España tornaria.

¡Ilusoria ambicion! en dia infausto,
Altar abandonado quedó al suelo,
Pura, subiendo al cielo
La chispa virginal del holocausto.
Para mostrarla, solo,
Que no merece mas nuestra impureza,
Dios la arrancó de la celeste altura,
Y hoy, dejando la humana vestidura,
Celeste vida á renovar empieza.
Ella es feliz; pero el amante esposo,
Sus adorados padres, cuyas sienes
Viste de senectud anticipada
La argentada corona,
Impertinás martirio fabricada;
Los que la sangre y el cariño abona,
Hermanos, deudos, la Nacion entera
En unánime Moro desatada
Como si un corazon no mas tuviera,
¿Quien consolar podrá?.... Tan vasto duelo

Merece su virtud; pero ella vive
En medio á nuestro amor; aun á despecho
De la mísera muerte, la adorada imagen
De su álma inmortal, los esplendores
De virtudes sin par, en nuestro pecho,
Con flamígeros rasgos, se dibujan,
Del olvido y la parca vencedores.
Angel de luz irradia en nuestro suelo
Divina bendicion; y vos ilustre
Rey, y Señor, á quien el alto Cielo
A gigantesca empresa ha destinado,
De dura adversidad en ruda prueba
Inmenso es vuestro duelo;
Pero la pátria entera, con vos gime,
Y á par de vos, su viudedad deplora:
La pérdida del ser que el pecho adora,
Deja en la vida idealidad sublime:
Y si en el yunque del dolor, el alma
Resistente vigor y fuerza toma,

Si en el crisol de grandes infortunios
De la terrena escoria se depura,
Y así Dios su amor muestra, El providente
Nuestra grandeza escepcional procura,
Triple diadema alzando en nuestra frente;
Ala de España y del talento, uniendo
La que el dolor os dá rica de espinas,
Que redencion universal haciendo,
Y aprisionó una vez sienes divinas.

Sevilla 23 de Julio 1878.

Eloy Garcia y Valero Pbro.
capellan del Real Alcazar.